



DOSSIER

E ENSEÑAR LA VIDA: MERCEDÉS PINTO

ALICIA LLARENA

Esta es la historia de una mujer excepcional. No sólo porque su propia vida lo fue, una vida llena de azares, de instantes profundamente desgarradores, de luces destellantes y exitosas, de momentos casi cósmicos, regidos por una suerte de mecánica celeste. También porque esa vida, que enseñó constantemente y sin pudor en todos los ámbitos de su larga carrera profesional y artística, fue el poso desde el que construyó su particular instinto pedagógico y su afamado feminismo.

Si bien durante décadas Mercedes Pinto fue una gran desconocida, en nuestros días una ardua tarea de rescate ha permitido conocerla, entrar en sus rincones emocionales y creativos, indagar sus pasos y trazar la silueta de su vida prolongada y su polifacética trayectoria intelectual y artística¹. Esbochemos, entonces, en breves párrafos, su inusual devenir existencial para apreciar, después, la modernidad de su palabra y su enseñanza.

UNA SORPRENDENTE BIOGRAFÍA: DRAMA, FECUNDIDAD Y EXILIO

Por varias razones, la biografía de Mercedes Pinto podría calificarse de sorprendente, pues son muchos los fogonazos de su brillo, y éstos alcanzan los ámbitos más diversos y variopintos. Fue tanta su popularidad en Hispanoamérica, y tantos los méritos y reconocimientos que obtuvo de instituciones y gobiernos a lo largo de su vida, que el contraste entre su fama y el olvido en que estuvo relegada se multiplica. Además de novelista, poeta, autora de cuentos y obras de teatro, directora de su propia compañía artística, conferenciante y periodista, Mercedes Pinto trabajó en emisoras de radio y televisión, y en continentes y países muy distintos. Su actividad fue gigantesca, y sus dos pasiones ideológicas—el feminismo y la pedagogía—la dotaron de un relevante magnetismo que calaba

hondo en todos los sectores de la vida social: los estudiantes universitarios la aclamaban en Suramérica, los políticos más relevantes la requerían como oradora y apoyaban sus experiencias educativas, las mujeres veían en ella a una líder feminista y hombres de toda ideología llenaban los auditorios para escuchar sus modernas conferencias. En cierto modo, Hispanoamérica fue para ella la geografía de su largo exilio, pero también el territorio donde se cumplirían todos los sueños de su infancia, que ella misma describió en estos términos en su segunda novela: “ser mujer, estudiar, escribir, tener gloria”. Tales deseos, poco comunes en una mujer de finales del siglo XIX, serán sólo los primeros síntomas de su atípico destino, ya previsible en su entorno familiar, que contemplaba horrorizado la precoz inteligencia de la niña y la evidente autonomía de sus pensamientos.

La escritora nació el 12 de octubre de 1883 en la ciudad de La Laguna (Tenerife), en el seno de una familia aristocrática y bien conocida en el ambiente intelectual, gracias al talento de su progenitor, Francisco María Pinto, un joven y notable prosista que murió de forma prematura dejando huérfana a Mercedes. En ese contexto, a nadie pareció extraño que la joven heredara la agudeza de su padre y que sus actividades literarias comenzaran muy temprano: a los ocho años de edad ya había inventado su primera obra de teatro y, con catorce, se consagró en el Ateneo de La Laguna, después de que fuera recitado uno de sus primeros poemas. Ya desde aquellas fechas, el *Diario de Tenerife* publicaría sus versos, anunciando a la escritora en estos términos: “Comienza esta niña con pie firme en el camino de la literatura, siguiendo la huella tan espléndidamente trazada por su padre”². Esta precocidad resultaba feliz, pero también inquietante, porque no se trataba de los primeros escauceos líricos de Mercedes, sino de un síntoma más perturbador, que apuntaba al espíritu rebelde y precursor de la escritora. En una infancia que transcurrió entre algodones, con las comodidades propias de su clase, pero aislada del mundo, preservada a través de “aquella vida, sin colegios, sin salidas solas, casi sin amistades”, educada al uso de la época para “conceder, acceder, sonreír, querer, agradecer, escuchar, compadecer”, la imaginación de Mercedes, y sus pensamientos liberales, levantaron no pocos celos y sospechas: “cuando se molestaban conmigo, en casa me llamaban despectivamente ‘la anarquista’...”³, y en efecto, eso debía parecer una muchacha que pensaba por sí misma, y cuyos juicios se desmarcaban de los dictados y convenciones de la sociedad provinciana y piadosa de entonces.

Mercedes recordará a menudo su infancia y primera juventud en la isla como una etapa feliz, de inocencia y de juegos, de aplausos incipientes y de

pequeños éxitos, lo que contrasta frontalmente con el amargo destino que iba a depararle más tarde su matrimonio con Juan de Foronda y Cubilla, Capitán de la Marina Mercante y Catedrático de la Escuela de Náutica de Canarias. El enlace clausuró la juventud de Mercedes y se convertiría en el punto crucial de su existencia; de hecho, es el origen de su vida errante, la causa de su activismo social y público, el fundamento de su discurso feminista, y la raíz oscura de casi toda su obra literaria. Porque el esposo, enfermo mental diagnosticado de paranoia celotípica, no otorgará descanso a Mercedes Pinto, que emprenderá una larga lucha sin esperanzas por el derecho a la separación conyugal: “Si realmente se trataba de un enfermo, los médicos lo reconocerían y yo estaba salvada (...) pero yo ignoraba la terrible trama en que zurce sus delictuosas equivocaciones la sociedad cuando la fortalecen las prácticas fanáticas de religiones pretéritas defensoras, a su vez, de leyes injustas y crueles”⁴. Conservar la libertad de su pensamiento y de su espíritu no fue sencillo en medio de aquella vida íntima, asediada también desde el exterior por la rígida moralidad de entonces; sin embargo, Mercedes defendió su identidad con una pasión extraordinaria, y más tarde convertiría esta experiencia en la materia autobiográfica de sus novelas, en las que narra con detalle la dolorosa vida conyugal, llena de maltratos e incidentes que ponían en peligro la integridad física de la escritora y de sus tres primeros hijos.

En 1920 Juan de Foronda fue internado en un centro médico madrileño, al que se desplazó acompañado de Mercedes. Sin embargo, y a pesar de su grave diagnóstico —la paranoia ya era crónica e incurable—, consigue abandonar el centro por medio de sus altas influencias y regresa a Tenerife. Para la escritora, la situación se vuelve dramática, pues la salida del sanatorio le otorga de nuevo a Juan de Foronda todo el derecho sobre la mujer y los niños. Fueron días de temor e impaciencia, precarios e imprevisibles. Y también días de lucha en los que, a sabiendas del desamparo femenino ante las leyes, Mercedes Pinto decide quedarse sola y sin recursos en la capital de España. Allí conocerá al joven abogado toledano Rubén Rojo, su amor definitivo, y trabará amistad con grandes personajes del mundo social y artístico (Ortega y Gasset o Carmen de Burgos) que mediarán para proporcionar a Mercedes un espacio editorial en conocidos diarios y revistas de Madrid y Barcelona. En la capital de España publica precisamente su primer libro de versos (*Brisas del Teide*), ocupa el cargo de secretaria de la revista *Los Ciegos* y desarrolla un enorme activismo en favor de la justicia social, y en defensa de la mujer, del obrero y del niño. En este marco tiene lugar la conferencia que imparte a finales de 1923 en la Universidad Central de Madrid, *El divorcio como medida higiénica*, una explícita e inteligente reivindicación del divorcio que motiva su enemistad política con el entonces dictador Primo de

Rivera.

El tema de su conferencia tiene desde luego una inapelable relación con su vida personal, y desde esa sabiduría propia proyectó sus palabras y argumentos, que anhelaban protección para la mujer ante la violencia doméstica:

[el Código] aprecia como motivo de divorcio aquellos golpes de naturaleza tal que pudieran haber causado la muerte, y una cantidad de testigos que no sean de la familia, ni sirvientes, sino personas de fuera de la casa que hayan presenciado los hechos (...) todas las violencias, las torturas y los horrores incontables por asquerosos o brutales que contra su esposa pueden ocurrírsele a un paranoico, no son nada ante las leyes; tiene que esperar que le peguen un tiro... (...) Y por lo que se refiere a los testigos, desde luego comprenderéis lo imposible de que ciertos martirios, generalmente de alcoba y nocturnos, tengan testigos, porque no es costumbre que los amigos estén en la habitación a esas horas⁵

La conferencia de Mercedes distó mucho de ser un discurso intelectual desprovisto de materia vívida. Al contrario, si algo lo caracteriza es ese fondo de experiencia personal, cimentado en la naturaleza del testimonio: una materia que alcanza al público a través de su franca sinceridad. Los efectos de la charla, sin duda valiente y peligrosa para la época, dotarían a Mercedes de un halo de audacia y atrevimiento que no pasó desapercibido para el aparato político de la dictadura. Los rumores de deportación empiezan a ser cada vez más insistentes y Mercedes, aún esposa oficial de su primer marido, decide abandonar el país con rumbo a Montevideo.

En el verano de 1924, acompañada del joven Rubén Rojo, con sus cuatro hijos (tres del primer matrimonio y el cuarto del propio Rubén) y embarazada ya del último, la escritora cruza la frontera con Portugal y hace escala en Lisboa, donde tenía previsto tomar el barco, y donde vivirá el momento más amargo y desolador de su existencia: la muerte de Juan Francisco, su hijo primogénito, víctima de “un ataque cerebral que venía sobre una naturaleza abatida durante mucho tiempo por sufrimientos morales que el dramatismo de mi vida le habían ocasionado”⁶. Poco después, a bordo del “Krefeld”, el barco alemán donde nacería Gustavo Rojo, el último de sus vástagos, Mercedes llega a Montevideo, la ciudad que convierte a la escritora en una de las mujeres más aplaudidas de Hispanoamérica. Su obra se extenderá por todo el continente, en especial a lo largo de Uruguay, Chile, Cuba y México, países donde residió durante años; y su etapa americana fue tan intensa y prolífica que apenas puede resumirse ahora sin el peligro de convertir esta semblanza biográfica en un recuento apresurado de

fechas, de títulos, de actividades y de nombres, capaces de impresionar a quienes no la conocen todavía.

Llama la atención, por ejemplo, el apoyo que tuvo la escritora de las altas personalidades políticas de entonces: José Batlle y Baltasar Brum, ex-presidentes de Uruguay, y Arturo Alessandri o Fulgencio Batista, presidentes de Chile y Cuba, respectivamente, quienes apadrinaron sus acciones culturales, y le otorgaron cargos y proyectos en sus respectivos gobiernos. Mercedes fue, por ejemplo, la primera mujer oradora del gobierno uruguayo, y cuando abandona el país lo hace en calidad de embajadora cultural, representante de la Universidad y del Consejo de Salud Pública. En Chile y Cuba, posteriormente, las autoridades la convierten en motor de innovadoras experiencias educativas, y no fueron pocas las subvenciones oficiales que recibió para ampliar estudios pedagógicos en el extranjero.

América será también el escenario de casi toda su obra literaria: sus novelas *Él y Ella*, su poemario *Cantos de muchos puertos*, las piezas teatrales *Una mujer*, *El alma grande del pequeño Juan*, *Ana Rosa*, *Un señor... cualquiera*; el texto de circunstancias *La emoción de Montevideo ante el raid del comandante Franco*; su conferencia *Las poetisas*, y una incalculable cantidad de artículos de prensa publicados en los diarios y revistas más selectos del continente, a lo largo de cinco décadas. Directora incluso de su propia revista en la ciudad de La Habana (*Vamos*), Mercedes Pinto extenderá desde la prensa su ideal feminista, su concepto de la mujer moderna, y sus revolucionarias teorías sobre la educación, motivos preferentes asimismo de las populares charlas que emitía desde sus famosos programas radiofónicos en La Habana y Montevideo, y de las exitosas conferencias con las cuales sedujo a las multitudes de aquella época. Apasionada del teatro desde su infancia, la escritora tendrá su propia Compañía de Arte Moderno Mercedes Pinto, con la que recorrió buena parte de Suramérica, después de haber fundado en Montevideo la “Asociación Canaria”, la “Asociación Republicana Española”, la “Asociación de Escritores Teatrales del Uruguay” y, sobre todo, “La Casa del Estudiante”, una célebre institución cultural que llegó a convertirse en la Universidad popular de Montevideo, en cuya tribuna se debatieron importantes asuntos de orden internacional y artístico, y por donde pasaron entre otros Rodrigo Soriano, Gregorio Martínez Sierra, Alfonsina Storni, Felisberto Hernández, Fernán Silva Valdés, Jacinto Benavente, Juana de Ibarbourou, Rabindranat Tagore o Luigi Pirandello.

La actividad social de Mercedes Pinto tuvo también otras direcciones, a veces impulsadas por la urgencia del momento. Así su participación a favor de la

República Española a partir de la guerra civil de 1936, cuyo inicio sorprende a la escritora en Cuba, justo cuando pensaba en su regreso a España. Y su inolvidable movilización en aquella isla ante la llegada del barco San Luis, un navío cargado con centenares de judíos, refugiados de la persecución desatada en Europa, y a quienes se impedía el desembarco. El compromiso personal de la escritora con las víctimas de Hitler fue tan contundente desde entonces que, dos años después de su muerte, Israel le dedica un bosque de más de dos mil árboles, honor que comparte con otros seres excepcionales (Churchill, Kennedy, Einstein, León Felipe, Rosario Castellanos). La escritora fue sensible durante toda su existencia a las causas justas, y su profundo sentido humanitario se dirigió especialmente a los desheredados de la tierra, en cuyo beneficio utilizó las múltiples tribunas que tuvo su palabra. Entre esos seres olvidados y excluidos de la historia, las mujeres y los niños tendrán un papel protagónico, y de ellos surgen sus dos grandes obsesiones, “La Pedagogía y el Feminismo”, título frecuente de una de sus conferencias. En su calidad de líder feminista, Mercedes se integró en asociaciones y proyectos de toda América dispuestos a luchar por la mujer, por su digna instrucción, su independencia económica y el derecho al voto.

La difusión de sus ideas causó sensación entre los hombres y mujeres del continente, no sólo por el magnetismo de su oratoria ni por su poderosa capacidad para convencer e influir en el auditorio; su feminismo cautivó a distintas generaciones porque Mercedes conocía perfectamente el papel de su género en la evolución humana, y promovía entre las mujeres una clara conciencia de sus derechos y obligaciones. Será el suyo un feminismo esencialmente humano, que subraya el valor del sujeto femenino, del que dependen todos los hilos de una cultura tolerante y progresista. Buena parte del éxito de sus famosas charlas se debe a sus argumentos, pero también a ese modo suyo de unir el intelecto con la experiencia, la teoría con la cotidianidad, dirigiéndose al hombre real, a la mujer de todos los días, estrategia de afinidad que impresiona al auditorio, envolviéndolo en las redes del único discurso común e imperecedero: el de la vida propia, el de la historia personal.

La fe de Mercedes en la influencia de la mujer sobre el mundo era una fe contagiosa, porque al método afectivo que eligió para comunicarse con el público, se unía la sensación de que la mujer moderna no era una entealequia ni un discurso teórico, sino una posibilidad al alcance de cualquiera. Por eso, la escritora estimuló a las multitudes que abarrotaban los teatros y centros culturales con charlas tan sugestivas como “Divorcio, Conciencia y Felicidad”, “El Rol de la Mujer en la Hora Presente”, o “La Mujer Moderna y su Influencia en el Destino del Mundo”, título que resume su confianza en el género femenino, al que Mercedes dota de

seguridad y autoestima. Las mujeres que la escuchan reconocen en sus palabras no sólo la experiencia de una líder feminista, sino la franqueza de un alma que intenta convencerlas de su papel determinante en la sociedad. La mujer tiene en sus manos la herramienta clave para los grandes cambios sociales, porque es la responsable de la formación del ser humano, la educación de los hijos, los hombres y mujeres del futuro. La pedagogía es, pues, la estrategia del feminismo moderno, la base de su proyecto de igualdad y liberación; un feminismo que da respuesta a la necesaria instrucción de la mujer, pero que no se olvida de su decisivo magisterio como educadora natural que es. Creía en “La Cultura Como Medio de Igualdad Social”, conocía las “Proyecciones Sociales de la Educación del Niño”, e insistía por eso en “La Madre y la Maestra ante sus Respectivas Responsabilidades”. Su implicación pedagógica fue enorme, colaborando activamente en la difusión de un nuevo método educativo que será, a su juicio, el porvenir de América, la “Escuela Nueva”, que incorpora la emoción como vía de conocimiento, tiene en cuenta la formación del espíritu, e infunde en los alumnos “ideas con alma, con contenido afectivo, con sentido alto y humano”, portadoras “no de una moral de lo malo y lo bueno encasillados en normas, sino una moral basada en el afecto, en el deseo de comprensión y de mejoramiento”⁷. Para entender la magnitud de su proyecto educativo, basten estas palabras suyas:

La Escuela Nueva tiene que estar de acuerdo con la vida, porque ella precisamente debe significar “escuela vitalizada”, sustituyendo a la antigua escuela anquilosada, que sólo enseñaba las reglas prácticas de una cultura precaria, desdeñando la preparación para ser felices y útiles, que es mucho más necesario que tener buena letra, o bordar unas bonitas zapatillas de cañamazo⁸.

Después de un largo peregrinaje por América Latina, abanderando las causas e ideas que he expuesto hasta aquí, Mercedes tendrá tiempo todavía de probar nuevas experiencias durante los últimos años de su vida. Como madre de una saga de actores, su relación con el cine se irá estrechando hasta tal punto que participa en el rodaje de dos películas, donde tendrá una breve aparición: *El coleccionista de cadáveres* (1966), de Santos Alcocer, y protagonizada por el famoso Boris Karloff, y *Días de viejo color* (1967) de Pedro Olea. Hasta poco antes de su muerte, la escritora también participaba en un célebre programa televisivo del Canal 13 en México, donde ejercía un viejo oficio, el de consultora espiritual, que había iniciado en Montevideo bajo el seudónimo de “Sor Sulpicio”, con un éxito rotundo. Y es que su sabia experiencia, y su autoridad moral y ética, eran de una talla excepcional; incluso en sus viajes a España, en los años cincuenta y

sesenta, su nombre era digno de un profundo respeto, como señala el dramaturgo mexicano Luis G. Basurto: “la recibían con honores. Incluso altos funcionarios de la era franquista le rendían pleitesía, sabiendo que era de ideas totalmente contrarias a la dictadura y que había militado en las fuerzas contrarias. Tal era su grandeza y su señorío”⁹. Por esas fechas, su país natal le rendirá otros homenajes, entre ellos, el emocionado aplauso que recibió durante su estancia en Tenerife en 1953, la reedición en Madrid de sus novelas y poemarios a finales de los años sesenta (*Más alto que el águila, Él y Ella*), y el explícito reconocimiento de su figura histórica que la revista española *Triunfo* le otorga en el siguiente comentario:

Mercedes Pinto, la mujer rebelde. La primera mujer rebelde española consciente de las reivindicaciones femeninas en los nuevos tiempos (...).

Rebelde mujer, en un Madrid de toros y cuplés, mujeres de profesión “sus labores”, minorías selectas alzadas contra la mediocridad ambiente, y mayorías que despiertan de un prolongado letargo, a los aldabonazos del aún precario desarrollo industrial. Rebelde en la Universidad, al plantear sobre nuevas bases las relaciones hombre-mujer (...) Rebelde en la literatura o desde el escenario de la Zarzuela en los años veinte. Viajera rebelde por el vasto mundo latinoamericano¹⁰.

ENSEÑAR LA VIDA, VIVIR LA ENSEÑANZA

Desde luego, no están los tiempos para prescindir de mujeres como Mercedes Pinto, situada más allá de prejuicios ideológicos, religiosos, raciales y políticos, precursora de una sociedad más justa, que transformó su amargura personal en un pensamiento positivo y luminoso. Porque esa es, en realidad, la clave de todo su legado. Quizás el hecho –por supuesto impresionante– de que el consagrado director de cine Luis Buñuel eligiera la primera novela de la escritora tinerfeña para llevarla a la pantalla en 1952, haya opacado otras facetas de Mercedes. Y sin duda, el hecho de que la novela narre su desgraciada convivencia conyugal con su primer marido, desvelando los horrores del maltrato físico y psicológico al que fue sometida, haya focalizado morbosamente la atención sobre ese episodio trágico de su biografía, sobre el que se insiste una y otra vez cuando se habla de esta mujer polifacética.

Resulta natural que ambas cosas ocupen el primer plano y reciban una atención preferente cuando se habla de Mercedes y, es más, habrá que señalar honestamente que en gran medida la curiosidad que ha despertado en los últimos años está directamente relacionada con ellas. Pero es hora, me parece, de desvincularnos de esa imagen tópica que insiste en su desgracia personal y

que apela a su relación con el director aragonés para que Mercedes pueda brillar con luz propia, y para que podamos extender nuestra mirada sobre territorios más fecundos que debemos valorar con más énfasis en el conjunto de su vida y de su obra.

Sería justo, por ejemplo, apreciar la valentía tremenda de una mujer que, en plena dictadura, decide vivir libremente un amor oficialmente “adúltero” con un joven casi quince años menor que ella, y engendrar dos hijos a la luz de aquel Madrid de los años veinte. También la osadía de elegir como tema para su primera conferencia pública en la capital de España el derecho al divorcio, palabra tabú para las autoridades políticas y eclesiásticas de entonces. Y no menos importante su activismo social en aquellas horas, su decisión de exiliarse, y de continuar el viaje a Montevideo después de que la vida la hiriera con el terrible zarpazo de la muerte de su hijo. De la misma manera, y dentro aún del ámbito personal, resulta admirable que, habiendo encontrado el premio del éxito más absoluto en Uruguay, y la comodidad que éste le procuraba, resolviera abandonar el país para despojarse, precisamente, de la sensación de haber alcanzado el techo y sacudirse el probable estancamiento.

Más allá de lo personal, es preciso que reparemos en la intensa labor intelectual que llevó a cabo, cimentada en su obra exhibicionista y franca, que dio cuenta de su batalla existencial y que extrajo de ella la savia para una auténtica enseñanza. Mercedes enseñó su vida para enseñar con ella, por eso el suyo no fue un discurso teórico, sino el destilado de su propia existencia, colmada de incidentes sociales y acciones políticas. Sus palabras no hablaban desde un pedestal doctrinario o académico, sino inspiradas en la mujer que había sido, y dotadas de la audacia cotidiana que había desarrollado para ser. Nadie como ella, probablemente, había fundado su feminismo en la realidad, su pensamiento en la biografía, y su escritura en la materia imperecedera de una vida poco común. Toda la obra de Mercedes Pinto está hecha con la sustancia de su historia personal, desde sus novela (*Él, Ella*), hasta sus libros de versos (*Brisas del Teide, Cantos de muchos puertos*), sus famosas conferencias (*El divorcio como medida higiénica*), sus obras teatrales (*Un señor... cualquiera*) y su abundante prosa periodística.

Expuso su intimidad y su pensamiento ante concurridos auditorios de España y Suramérica, convirtió su historia en el motor de su rebelde y público feminismo y entendió desde el principio que nada resulta tan instructivo y conmovedor como el relato de la vida misma. De ahí que el pensamiento de Mercedes antes que metafísico es sociológico, profundamente arraigado en la vida diaria, y tiene su epicentro en las complejas relaciones humanas, el

tema fundamental de toda su obra. Sus conferencias y artículos periodísticos están llenos de mundo, contaminados de anécdota y de calle. Hablan de seres cotidianos –hombres y mujeres atezados por la educación y los prejuicios–, y de conflictos y asuntos habituales. Su propio “consultorio espiritual”, que tanta celebridad le otorgó en Hispanoamérica, bajo el seudónimo de “Sor Suplicio”, no es más que la popularización de esta fórmula reflexiva, que quiere solucionar de modo práctico los problemas de la más inmediata realidad. Y su obra literaria, en definitiva, no es otra cosa que la respuesta personal de la escritora a la vida que a ella misma le tocó vivir, la memoria escrita de su propia biografía, una cuestión de identidad y supervivencia frente a la intolerancia social tuvo siempre la plenitud de la poesía; frente al desamparo y la soledad, el consuelo de la escritura; frente al silencio impuesto por las tradiciones patriarcales, la patria del lenguaje, un territorio sin género, sin prejuicios ni rutinas, donde el ser puede expresarse con voz propia, tal como es. Los auditorios celebraban la llaneza y sinceridad de sus anécdotas; los lectores, la espontaneidad con que Mercedes exponía su vida íntima al servicio de la igualdad entre los géneros, contribuyendo consigo mismo a la justicia social, y despertando una lógica conexión con el público. Desde esa misma sinceridad, la escritora exigiría a la educación moderna los valores de la franqueza y la verdad, y los métodos pedagógicos de la “Escuela Nueva” y la “Institución Libre de Enseñanza”, que ella defendió y reclamó con ahínco en las campañas educativas que llevó a cabo en Hispanoamérica desde 1924 a 1935, y en la prensa continental desde esa fecha hasta su muerte. La conexión entre la escuela y la vida que postulan ambos casos, la fe en una escuela activa que prima la educación sobre la enseñanza, el deseo de organizar un sistema pedagógico que una lo político, lo social, lo ético y lo científico, recíprocamente entrelazados, al servicio de un humanismo holista y de la formación integral del ser humano, fascinaron a Mercedes, que se convirtió en la promotora de importantes reformas educativas en Uruguay y en Chile. Creía ciegamente en la capacidad de la educación como motor para el progreso de los pueblos e instaba a las mujeres a practicar un feminismo moderno y comprometido, que atendiera no sólo a la exigencia de sus derechos sino también a implicarse en su propia formación. Si algo pidió Mercedes Pinto a las mujeres de su tiempo fue, precisamente, que se expandieran más allá del ámbito doméstico y se cultivaran de forma permanente. Su obra, jalonada de intervenciones en este sentido, es hoy el testimonio pedagógico de su alma inquieta, su mente abierta y su adelantado activismo. Dejo para el lector estos fragmentos periodísticos, de entre los muchos que podrían darse cita en estas páginas, publicados por

Mercedes hace más de sesenta años, para que pueda apreciar la actualidad, el vitalismo, la radical modernidad de su pensamiento y la riqueza de su particular filosofía, sintetizable en esa fórmula que elegimos para dar título a este artículo y recordar que enseñar debiera ser, sobre todo, “enseñar la vida”.

La educación de los pueblos es lo único que puede salvarnos; no basta la alfabetización; no es suficiente lo que se enseña hoy en la escuela; es necesario, además, una enseñanza, de carácter general, que lleve al individuo a una idea más alta y noble de lo que deben ser sus pasos por la tierra; menos dureza en las costumbres; más amor al prójimo; una inmensa ternura hacia los niños; ternura y respeto para la mujer; quitar a los hombres la idea de que ellos son los dueños, los amos, los señores...¹¹

No nos cansaremos de insistir en lo equivocada que está la educación que se suele dar a los niños, imbuyéndoles sofismas fáciles de rebatir, y que han de caer un día u otro de sus mentes hasta quedar en mal lugar los padres que les engañaron. En lugar de tantas mentiras como se trata de decirles a las criaturas, se les debe mostrar desde muy pequeños las bellezas de la naturaleza, la necesidad de ser dulces y comprensivos; de respetar a los ancianos; de cuidar a los pequeños; de compadecer y aliviar la suerte de los necesitados compartiendo con ellos los beneficios, que su buena suerte les haya deparado: el odio a las guerras; el amor a la paz; al campo; a todo ser indefenso y débil; a la justicia y a la serenidad... ¿Qué maestros y padres se preocupan de formar hacia el bien y la paz el alma de los niños? ¡Bienaventurados los que lo realizan y aquellos que se detienen a pensar que de una buena educación llegaría una era de bienestar para la tierra! En lugar de esto, tan sencillo y lógico, se les miente, se les engaña y aturde con una serie de consejos y absurdos, en la creencia de que así les conservan la inocencia. Nada de esto es así. Que la vida es hermosa llevada dignamente; que se puede mejorar con los sentimientos educados y las pasiones domadas; que el “dar” es mucho más consolador y simpático que el “atesorar”... Una enseñanza diaria sobre el carácter, los nervios, los caprichos, la rebeldía y la crueldad, el amor a todas las raza y el no pelear jamás sino en defensa del hogar o el suelo amenazados; traería como consecuencia un mundo mejor, que, por lo menos, lo habrían de disfrutar nuestros hijos con las semillas por nosotros sembradas...¹²

Cuando dadas las circunstancias porque atraviesa la Humanidad, había que esperar un mayor comedimiento en la frivolidad y un más grande interés hacia la educación en general; cuando después de tantos descubrimientos y progresos en casi todos los órdenes sociales, podía pensarse en la cordura de padres y

maestros para la formación de una sociedad más justa y en un reparto más equitativo de las posibilidades humanas, vemos decepcionados la vaciedad existente en las familias, que no educan a sus hijos dentro de normas de buen juicio, sino que les inculcan ideas de grandeza, de vanidad, de esa locura en fin que desequilibra los presupuestos y hace a las gentes vivir en un eterno «quiero y no puedo», para ser siempre «más que el otro», y superar siempre a los demás, ¡no en cultura ni en buenas cualidades de trabajo y prosperidad!, sino en los oropeles exteriores que tanto daño han de causar cuando los embates de la vida coloquen a cada cual en un lugar menos brillante que aquel que fingieron para levantar la envidia ajena

¿No se podría lograr que algún día se viviese más en consonancia con la razón, y se fuese feliz sin soberbias, bello sin adornos desorbitados, y alegre sin tratar de brillar con prestadas plumas de pavo real, sino aprovechando la juventud, los conocimientos de quienes ya no la tengan, las bellezas de la Naturaleza, la música, todo lo que está a nuestro alcance fácilmente? ¿No se podría educar a la juventud y especialmente a la mujer sin deseos de imitar, de sobresalir en lujo, sin vanidosos alardes y sin envidia por consiguiente? Esta sería la labor mejor, de las madres y maestros... ¿Por qué no probar...?¹³

NOTAS

¹ Para una información completa sobre Mercedes Pinto véase nuestro estudio *Yo soy la novela. Vida y obra de Mercedes Pinto* (Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2003). También hay información disponible en nuestra web www.aliciallarena.com, donde existe un espacio dedicado íntegramente a la escritora, con acceso a material que puede descargarse.

² F.I.R., *Mercedes Pinto. De su vida y de su obra*, Santiago de Chile, Imprenta Selecta San Francisco, 1933, pp. 3-4.

³ Mercedes Pinto, *Ella*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1969, p. 169.

⁴ *Ibidem.*, 263-264.

⁵ Mercedes Pinto, *El divorcio como medida higiénica*, Madrid, Imprenta Joaquín Martínez, 1923, pp. 5-6

⁶ Mercedes Pinto, “Luces y sombras”, en *Ventanas de Colores*, Edición e introducción de Alicia Llarena, Cabildo Insular de Gran Canaria, Instituto Canario de la Mujer, 2001.

⁷ Nota de redacción sobre una conferencia de Mercedes Pinto publicada en el diario *El Día*, Jujuy, Argentina, 26 de junio de 1932.

⁸ Mercedes Pinto, “Escuela Nueva y concepto de la vida I”, *Carteles*, La Habana, 13 de septiembre de 1936.

⁹ Luis G. Basurto, “Antología de mis amistades femeninas: doña Mercedes Pinto”, *Jueves de Excelsior*, México DF, 31 de mayo de 1990.

¹⁰ “Mercedes Pinto, vitalista y rebelde”, *Triunfo*, Madrid, núm. 347, 25 de enero de 1969, pp. 52-53.

¹¹ Mercedes Pinto, “Medicinas trágicas”, *El País Gráfico*, Suplemento de *El País*, La Habana, 1 de octubre de 1950.

¹² Mercedes Pinto, “Días de Navidad”, *El País Gráfico*, Suplemento de *El País*, La Habana, 31 de diciembre de 1950.

¹³ Mercedes Pinto, “Las niñas bobas”, *El País Gráfico*, Suplemento de *El País*, La Habana, 1 de julio de 1951 (En este artículo Mercedes Pinto es especialmente crítica con el derroche económico en el que se implican las familias para celebrar primeras comuniones, fiestas de quince años o enlaces matrimoniales. No hará falta decir que aún hoy, o especialmente hoy, esta crítica resulta de una rabiosa actualidad).